

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA

MORAL Y RELIGIOSA.

CON LA

aprobación eclesiástica,

y bajo la dirección

DE

E. Lozano de Vilchez.

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, sección doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldrá los días 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES

EL MÁS BARATO

que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisición de las tarjetas establecidas para pago de periódicos, y que se expenden en todos los estancos; admitiéndose también los pagos en sellos de franqueo de 10 y 15 céntimos.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

14 de Octubre de 1878. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 22.

SUMARIO.

Estudios morales, Las pasiones ante la Fé.—Dos almas, poesía.—Calvario y redención. cartas de tres hermanos.—La flor del cielo, novela.—Sección doctrinal, La senda del cielo.

ESTUDIOS MORALES.

LAS PASIONES ANTE LA FÉ.

Ha dicho un piadoso escritor, que las pasiones son como los humores del cuerpo; es decir: propósito para la vida, cuando están armonizadas; pero funestas para el hombre, cuando se rompe

su equilibrio; mas, no debemos olvidar que en el estado actual de la humanidad, á causa del pecado original, aparecen las pasiones levantando su cabeza, y pretendiendo ser las dueñas y señoras del corazón; y como quiera que un ser es constante, y, cada vez mas ansia, de ahí, la grave necesidad de vigilar incesantemente, sobre el corazón, so pena de verse sorprendido por esos enemigos interiores, capaces de trastornar la paz del alma, y fuentes permanentes de innumerables caídas, de tristes sinsabores, de amargos remordimientos, y de lamentables degradaciones!

La moral del Evangelio; esa moral de la Iglesia de Jesucristo, en donde se han formado las almas puras de las vírgenes, los corazones valerosos de los mártires, el espíritu de los Doctores, el celo de los Apóstoles, y en fin, esos ca

racteres verdaderamente singulares de los santos, esa moral enseñada por el Hijo de Dios, predicada con los rasgos elocuentes de su dolorosa Pasión, esa moral que nos ha enseñado la Reina de los Ángeles con su santidad asombrosa, esa moral, en fin, que se nos enseña en la Iglesia, ofrece un poderoso antídoto contra nuestras pasiones, y nos advierte, que si no hemos de ser desventuradas víctimas de nuestro insaciable egoísmo, es, de todo punto necesario, revestirse del espíritu cristiano, que consiste en negarse á sí mismo, por amor de Dios, para mantener puro el corazón y tranquila el alma.

El hombre apasionado, egoísta, que no siente otra cosa que el grito de sus deseos ambiciosos, que se entrega á esos deseos, y muere, cobardemente, á manos de sus pasiones, ofrece un espectáculo por demás triste, y se convierte en un elemento de disolución social, pues la gangrena del alma es contagiosa como la lepra del cuerpo!

En verdad, si se examinan todos los males que aquejan al mundo, reconocen siempre como causa fundamental el desarreglo del corazón; este es el centro de donde parte todo movimiento social, y la vida ó la muerte, la virtud ó el vicio, son los frutos de un corazón ordenado, ó de un corazón sin ley!

Ahí están todas las innumerables desgracias que nos afligen, los males sin cuento que nos rodean, los crímenes que acusan al hombre en el santuario de su conciencia, ante la presencia de Dios, y á los ojos de todo el mundo; ese desquiciamiento del buen sentido, esa confusión en las ideas, esa depravación en las costumbres, y esa degradación en las almas; ahí están, decimos, esas manifestaciones de la soberbia humana, de la codicia del siglo, y del sensualismo de la sociedad actual; signos característicos de la depravación y del desorden de los corazones, y rasgos distintivos y especiales de la fisonomía de nuestros tiempos! Todo esto está mostrándonos que las pasiones han tomado posesión del hombre hasta dominarle esclavizándole, y nos sepultarán sin duda en la más desastrosa ruina, si no se les opone una vigorosa reacción, por medio de la fe.

Nunca el mundo estuvo tan alejado de Dios y de su Cristo; se les teme, se les odia y se les expulsa; mas, conste que semejante crimen será castigado, porque el peor castigo que Dios puede enviar sobre los hombres, es el abandonarles; el mundo no quiere, no puede sufrir á Dios; pero el mundo necesita de Él, y morirá, si Dios se retira!

No lo olviden los hombres! No hay medio: ó perecer con las pasiones, ó salvarse por medio de la fe, la verdad, la virtud, la justicia, el Evangelio, la Cruz, en fin; he aquí los caminos, ó mas bien el camino que debe tomar todo hombre que desee vivir!

La imitación de Jesucristo, es el gran medio! Por él nos hacemos semejantes al Hijo de Dios, caminamos en la verdad, vivimos en la justicia, y el mundo se salvará!

Estas consideraciones generales, nos llevan al examen de cuestiones particulares que serán motivo de otros artículos; por hoy hacemos punto, y damos una vez mas el grito de alarma, para que los hombres vuelvan al redil de donde jamás debieran haberse alejado.

E. A. U. R.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto la siguiente magnífica poesía, debida á la pluma de la distinguida Srta. D.^a Eloisa Gonzalez, nuestra querida amiga; no sabiendo que admirar mas en ella, si la belleza de los conceptos, ó el sentimiento y la dulzura que resaltan en sus versos.

POESÍAS.

Al fin te hallé! cuando infeliz vagaba
Por el camino de mi triste vida,
Ni un corazón que me entendiese hallaba,
Jamás fui de otras almas comprendida;
En vano, en vano sin cesar buscaba
Con quien partir mi soledad querida;
No hallé en el mundo la apacible calma,
La santa dicha que soñaba el alma.

¡Cuántas horas pasé sin que mi llanto
Mezclar con otras lágrimas pudiera!
¡Cuántas veces perdido fué mi canto
Á buscar un suspiro en la ribera!
¡Felices, dije, los que sufren tanto
Si un dulce sentimiento hallan siquiera!
Yo en medio del pesar y la amargura
No gusté de un consuelo la dulzura.

Ví seres que adularon la belleza
El dolo y la mentira comprendiendo:
Al mirar de sus almas la bajeza
Fuí con espanto su miseria huyendo,
Y mis sueños de luz y de grandeza
Fueron las sombras del dolor cubriendo:
Entonces mis pesares escondia
Y fingiendo gozar, me sonreia.

Y levantando mi angustiada frente
Quise olvidar mi afán y mis dolores
Y del placer el velo trasparente
Ceñir mis sienes de laurel y amores;
¡Delirio fué! de su diadema ardiente
Miré brillar las encendidas flores,
Y ví las ilusiones sonriendo
Blancas guirnaldas al amor tegiendo.

Delirio, sí! que sola y sin ventura
Como inodora flor que agita el viento
Deseché la lisonja y la hermosura
Y mas ambicionó mi pensamiento:
Buscaba un alma llena de ternura
Que pudiera sentir como yo siento,
De esas que el mundo de su sencillez lanza
Porque á entender su elevación no alcanza.

Un día en blando sueño
Acaricié mi frente
Con sus rosadas alas
Un génio bienhechor:
Quizá fué un desvarío
De mi agitada mente,
Dulce como los trinos
De amante ruiseñor.
Ví flores seductoras
De mágica ambrosía
Con hojas de esmeralda
Y cáliz de rubí:
Y oí tiernos cantares
De célica armonía
Que céfiros del cielo
Trageron hasta mí:
Ví fuentes bullidoras,
Y ricos manantiales,
Y brisas perfumadas
En ámbar y azahar;
Y entre flores y perlas
De un río los cristales,
Y en ondas mil de plata
Alzarse el ancho mar,
Y aves de cien colores
Su melodioso coro
Alzar entre las hojas
De espléndido rosál:

Y bellas mariposas
De esmalte azul y oro
Mecerse blandamente
En flores de coral;
Miré un sol mas radiante
Que el sol de nuestro cielo,
Y luna mas suave,
Y estrellas con mas luz,
Y el ángel de la tarde
Tender su blanco velo
Y aparecer la noche
Sin sombra ni capuz.
Entonces un suspiro
Vino á turbar la calma
¡Ay! pensé ¡si las flores
Tambien suspirarán?
Pero una voz divina
Me dijo «soy el alma,
El alma que esperabas
Con indecible afán:
Nuestros son estos prados,
Las blancas azucenas,
La tórtola que habita
En bosque de verdor;
Aquí pasan las horas
Tranquilas y serenas;
Este mundo es el mundo
Bendito del amor;
Aquí son de la luna
Mas tibios los fulgores,
Mas dulce de las auras
El lánguido gemir,
Y el arroyuelo viste
Las perfumadas flores
Con líquidos encages
De nacar y zafir.
Aquí el aroma santo
De la verdad se aspira,
Aquí de nuestros sueños
Hallé la realidad:
Ya para ser dichosa
El alma no delira,
Ya no esconde en las sombras
Su eterna soledad.
Que el ángel de los santos
Purísimos amores,
El que contó las horas
De afán y de dolor,
Hoy ciñe nuestra sienes
Con inmarcitas flores,
Hoy abre á nuestras almas
El mundo del amor.

Yo tambien como tú, tambien buscando
Un alma que á mi alma comprendiera,
Fuí muchas horas de dolor contando
Y ni un instante de placer siquiera;
Y fuí del mundo el erial cruzando
Sin ver lucir jamás la primavera:
Si una ilusion acarició mi vida
Brilló un momento y la lloré perdida,

¿Á donde estabas tú cuando pasaron
Las olas del dolor sobre mi frente,
Y mis horas de paz arrebataron
En su furiosa y rápida corriente?
¿Á donde estabas ¡ay! cuando inundaron
De amargura mi alma, y cruelmente
De mi esperanza las hermosas flores
Dejaron sin esencia ni colores?

En vano te buscaba el alma mia
De mi agitada vida en el camino,
Que mas lejos, mas lejos, repetia
La inexorable voz de mi destino.
Y á veces con afan me sumergia
Del mundo en el revuelto torbellino,
En pielagos inmensos de amargura
Sepultando mis sueños de ventura.

Adios recuerdo de mi triste vida,
De mezquinos placeres la memoria,
De falsas ilusiones luz mentida,
Adios por siempre terrenal escoria:
Bendito el puerto donde el alma olvida
De sus naufragios la doliente historia,
Donde el amor con mano omnipotente
Toca y levanta la inclinada frente.

Celestial sentimiento, fuego santo
Que de Dios al espíritu descende,
Tú de la eternidad, divino canto
Que solo Dios en su grandeza entiende;
Del alma humana misterioso encanto,
Luz que en sí mismo el Hacedor enciende,
Amor que un mundo en nuestras almas creas,
Emanacion de Dios ¡bendito seas!

ELOISA GONZALEZ.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

Maria á Fabian.

Ya recordarás hermano mio, que en mi última carta te daba cuenta de la noche pasada junto al lecho de Horacio, y de la llegada del doctor en el momento mas crítico que ha existido para mí en la vida.

En efecto: el anciano médico se quedó inmóvil en el dintel, fijando en mí una mirada llena de asombro y severidad.

Después, adelantó algunos pasos y dirigiéndose á Horacio,

—Que es esto, amigo mio, exclamó: por ventura nada es para V. la gracia que el cielo acaba de concederle, que así quiere exponerse á perderla.

El Conde no supo que contestar.

Llevo su mano á los ojos y entonces, y quizá por primera vez se dió cuenta de su acción.

Yo estaba aturdida y temblando: el doctor conoció sin duda lo violento de mi situación pues se acercó á mí, y tomándome de la mano me condujo hasta la puerta, y me dijo con acento severo,

—Está V. muy fatigada: vaya V. á descansar que yo solo basto para velar al Conde todo lo que resta de noche.

Yo me dejé conducir sin oponer ninguna resistencia, y sin poder dar una disculpa á la muda acusación que veía reflejarse en la mirada de aquel hombre.

¡Ay de mí! era desgraciada y podía creerse culpable!

Salí de la habitación hasta la antesala, y el doctor al verme traspasar el dintel de la puerta dejó caer el portier, volviendo al lado de Horacio.

Al encontrarme sola, al pensar vagamente en lo que acababa de pasar, sentí que la sangre huía de mi corazón y se agolpaba á mis sienes amenazando privarme del sentido.

Instintivamente me dirigí al balcón por el cual penetraban en aquella estancia las tibias y perfumadas brisas de la noche.

Allí me dejé caer en una silla y apoyando la frente en la balaustrada, rompí á llorar amarga y silenciosamente.

Lloré mi paz perdida, mi porvenir sin esperanza, mi juventud ajada y marchita; lloré mi soledad, mi aislamiento, mi lento sacrificio, lloré en

fin, hermano mio, por mi pasado bello y tranquilo, por nuestro dulce hogar, por vuestro amor, que hoy no me cerca.

¿Cuántas horas pasé entregada á aquella muda angustia, á aquel dolor sin nombre, á aquella parálisis de los sentidos?

¡Yo misma no lo sé!

Pero debió ser sin duda mucho, porque las estrellas se fueron ocultando una á una; la luna desapareció lentamente del cielo, los insectos empezaron á desplegar sus alas, las flores á entreabrir sus corolas esmaltadas con las gotas de rocío, y las aves sacando de entre la caliente ala sus pequeñas cabezas soñolientas aun, empezaban á ensayar los primeros cantos para saludar la vuelta del día:

De pronto una mano se apoyó suavemente en mi hombro, y una voz muy queda pronunciando mi nombre.

Alzó la cabeza y vi al doctor de pié, á mi lado.

La primera y fugitiva claridad de la aurora iluminó mi semblante angustiado y descolorido, é hizo brillar con sus claros cambiantes las gotas de llanto que aun resbalaban por mis mejillas.

El doctor tomó una de mis manos que estaba helada, y estrechandola entre las suyas,

—Valor, hija mia, me dijo: todo lo comprendo... ó á lo menos todo lo adivino! He hablado largo rato con Horacio, y sé que es V. tan noble como pura: sé que el mal puede pasar á su lado sin manchar la inmaculada blancura de su alma!

—Ah! señor! exclamé, llevando aquella mano á mis labios como si hubiera sido la de un padre, y sintiendo resbalar por mi corazon un dulce consuelo, ah! señor, gracias!

—Llore V., llore V. sin temor! las lágrimas que caen en el corazon y no asoman á los ojos, le anegan en un mar de amargura, mas inmenso aun, cuanto mayor es su raudal, me dijo conmovido. Yo he presenciado muchas veces las batallas terribles de la vida; yo he luchado y vencido á mi vez, y sé que las palmas de la victoria encierran siempre muchas espinas, sin embargo el triunfo de la virtud es tan hermoso que vale bien lo que nos cuesta!

—Oh! señor; exclamé yo entonces: yo creo que á veces hasta la lucha es una falta, y que no hay heroismo en el cumplimiento del deber!

—Si le hay, hija mia; y mucho mas cuando no combatimos nuestros sentimientos solos, sino que tenemos que dominar los que inspiramos á otros seres, repitió con tono solemne.

—Como! qué quiere V. decir? le pregunté estremecida.

—Que Horacio la ama! dijo muy bajo y casi á mi oído.

—Ah! exclamé, cubriéndome el rostro con las manos, sin poder contener la impresion que en mí producian aquellas frases pronunciadas por unos labios extraños.

—Sí, añadió el anciano, con acento de profunda conmiseracion. Sí: la ama á V. con un amor cuya extension no conoce él mismo, y de la que apenas se dá cuenta: la ama á V. de un modo que yo no sabré definir, pero que comprendo exactamente, porque la nieve de los años no ha logrado entibiar el calor de mi corazon, la ama á V. de una manera intensa y profunda; pero aun nos queda un medio supremo para combatir y vencer esta pasion tan imposible. ¡El Conde ignora que su corazon de V. le pertenece!

—Oh! ¿y! quien dice que eso es cierto? exclamé con afán, y queriendo hacer el último esfuerzos para guardar mi secreto en el fondo de mi alma, ¿quien se atreve á asegurar que yó?... no, no, eso es imposible, eso no puede ser, eso no es...

—Pobre niña! murmuró sin dejarme acabar; pobre niña que lucha sola y desvalida! pobre navicilla que sin piloto quiere dominar la tempestad! Si una larga experiencia, si un profundo conocimiento del corazon humano no me hubieran hecho conocer la verdad, sus lágrimas, su abatimiento, el temblor de su mano al apoyarse en la mia ¿no me están diciendo con un lenguaje harto elocuente; «este triste corazon está desgarrado, esta alma sencilla está combatida por la borrasca de una pasion?»

Comprendí que todo fingimiento era imposible, que todo disimulo infructuoso.

Por otra parte, la mirada del doctor fija en mí, expresaba tanta piedad, tanta ternura; habia en aquella fisonomía una expresion de nobleza y bondad tan extremada, que me vencieron por completo, y resuelta á confiar en aquel bello corazon,

—Doctor, tiene V. hijos? pregunté.

—Oh! no, me respondió tristemente y sin mostrarse admirado de mi estraña pregunta.

—Yo no tengo padre, murmuré deshecha en lágrimas, ¿quiere V. serlo mio?

El anciano por toda respuesta apoyó su mano sobre mi frente y murmuró una palabra que no pude entender, pero que terminó con un dulce «hija mia.»

—Y bien, me preguntó despues, está V. dispuesta á un gran sacrificio?

—Oh hace ya tiempo que lo estoy, solo espero que me diga ahora lo que debo hacer.

—Es preciso que Horacio ignore sus sentimientos, que no vea sus lágrimas, ¿será V. capaz de todo esto?

Una triste sonrisa entreabrió mis labios. ¿No había sido por ventura capaz de salvar á Amelia, y de callar cuando él me creía culpable?

—Así lo haré, dije tan solo.

—Además, añadió el doctor, es preciso anudar los lazos que le unen á la Condesa, es preciso que ella recobre el imperio que está próxima á perder en su corazón! Ya sé que esa mujer es egoísta y frívola, que no ama á su esposo como este debe ser amado, pero ¡ay! María, la hoguera puede prestar calor á cuanto tiene en torno, y V. es forzoso que trasmita á esa mujer algo de su virtud, algo de la grandeza de su pasión!

—Oh! señor, oh! padre mio, V. quizá sueña un imposible. Amelia...

En aquel instante un ruido imperceptible y extraño llamó nuestra atención hacia la parte del jardín.

Fijamos ambos los ojos con insistencia, y por los claros de las enredaderas que cubrían el balcón en que nos hallábamos, vimos una forma blanca y ligera que atravesó una alameda de árboles y se dirigió al pie de la cerca que rodea la casa, allí se detuvo indecisa: después, un papel envuelto en una piedra cayó á sus plantas, miró á todos lados con temor, cogió el papel y se volvió con paso rápido por el mismo camino, desapareciendo bien pronto á nuestros ojos.

El doctor me miró asombrado, porque acababa de reconocer á Amelia.

La mano que había arrojado á sus pies aquella carta misteriosa, había permanecido invisible para nosotros.

—Oh! exclamó el anciano, ahora mas que nunca, hija mia, necesita V. tornar su vida en un calvario para redimir á esa mujer!

Yo incliné la frente, dispuesta á seguir sus consejos y á obedecerle como obedecería á un padre.

Cuando me hallé sola bendije á Dios con toda mi alma, porque me dá en este bondadoso anciano un protector, un tronco robusto y fuerte, donde yo, pobre yedra combatida por la tempestad, pueda ampararme y buscar abrigo!

Adios, Fabian mio, ya ves que confío todos mis dolores en tu corazón: guardalos en él como un depósito sagrado, que te hace tu pobre hermana

MARÍA.

Enriqueta Lozano de Vilches.

LA FLOR DEL CIELO.

NOVELA ORIGINAL.

(CONTINUACION.)

—V., que le decia, «pues bien, el secreto del nacimiento de Marina estará aun oculto por algunos dias.»

—Ah!

—Quedé tan turbada al escuchar estas palabras que no pude alejarme de allí: V. salió entonces apoyada en el brazo de Alberto, yo estaba oculta entre el portier... por un momento tuve intención de detenerla, de arrojarla á sus pies y pedirle la explicación de aquellas frases... pero cuando volví de mi asombro ya había V. desaparecido, luego... luego penetré en la estancia, ví una tarjeta sobre la mesa, en ella estaba su nombre y las señas de esta casa, ah! ya podía esperar porque tenía una esperanza!

—Dios mio!, pensó Margarita, Dios mio, ten piedad de mí! pero aquella exclamación de su alma no asomó á sus trémulos labios.

—Ya sabe V. señora, ya sabe V. lo que me trae.

—Lo que la trae á V!

—Sí, sí; vengo á que me revele V. el secreto de mi nacimiento, á que me diga donde está mi madre, porque V. lo sabe... V. lo sabe sin duda.

—Yo! yo!

—Oh! V. no puede comprender... no puede adivinar el afán con que mi alma aguarda una respuesta de sus labios: ver á mi madre, saber si existe, correr á su lado y amarla y adorarla de rodillas! escuchar de su boca entre una palabra de ternura, el nombre de «hija mia!» Oh! señora no me prive V. un solo instante de esa dicha con que he soñado desde que la luz de la razón alumbró mi mente!

Margarita sintió que un vértigo se apoderaba de su cerebro, sintió que le faltaban las fuerzas, sintió que estaba próxima á morir.

Sin embargo, el pensamiento de que Alberto la escuchaba, la esperanza de que viendo la enormidad de su sacrificio tendría quizá piedad de ella, le dió fuerzas y selló sus labios para que el secreto inmenso de su alma no se escapara en un grito por ellos.

Marina que había aguardado anhelante su respuesta, murmuró de nuevo con mayor afán.

—Nada me dice V. señora? por ventura no tiene V. piedad de una huérfana desgraciada?

—Desgraciada! exclamó Margarita sin poder contenerse, desgraciada ¿acaso lo es V? Oh!

entonces... dígame V. la causa de su duelo, ¿que le falta ¿que desea?

Que me falta? ¡ay de mí! ¿sé yo acaso decirlo? estoy rodeada de lujo, de criados, de comodidades... y sin embargo yo siento que me falta algo... yo siento la necesidad de querer y de ser querida, de ese modo que solo una madre sabe querer.

—Como pues su... su protector de V. no la ama?

—Sí... creo que sí, pero hay en mi corazón secretos anhelos que él nunca podría comprender ni yo me atrevería a revelarle.

Los lloros de la infancia, las pueriles lágrimas de la niñez, como los primeros sueños de la adolescencia, y las primeras ilusiones de la juventud, tienen algo tan vago y misterioso, tan púdico y delicado, que solo una mujer... ó mas bien solo una madre puede adivinar y comprender solamente.

—Tiene razón! pensó Margarita con pena, tiene razón!

—He aquí, señora, he aquí por lo que me he atrevido á dar este paso, por lo que me he atrevido á venir! Oh! si V. pudiera comprender cuanto he sufrido en esas horas de soledad, en esas horas de aislamiento en que desde el claro de mi ventana veía el cielo, las aves, los seres que pasaban sin cuidarse de mí, y sin fijarse en que yo existía, mil veces, mil veces he tenido envidia de los pobres pájaros que tenían en su pequeño nido una madre amorosa que velase por ellos, y aun á los pobres niños mendigos á quienes veía á través de mis lágrimas asidos de la mano de una mujer tan infeliz como ellos, pero á la cual podían decir con abandono, «sufro ó soy venturosa, madre mía!»

Los labios de Margarita se agitaban, sus brazos hicieron un movimiento para abrirse, pero la cortina de la alcoba se plegó imperceptiblemente, y la infeliz mujer se sintió morir, pero guardó silencio.

—Oh! señora, exclamó Marina notando su agitación, sufre V? se pone V. mala?

—Estoy muy enferma, dijo la pobre madre con desaliento; estoy muy enferma bien lo vé V.

—Pero....

—Su acento de V. me conmueve, me llega al alma! mas, me pide V. una cosa imposible de realizar!

—Imposible! imposible decir á una hija donde está su madre!

—Al menos, en este instante.

—Luego entonces... me dá V. esperanza?

—Sí... es decir... no....

—Dios mío!

—Es un secreto que he jurado guardar!

—¿A mi protector? sí, si eso debe ser, yo lo oí, yo misma lo escuché.

—Marina!

—Oh! ¿por que no lo pense antes? él quiza tendrá mas piedad de mí que V. la tiene, señora.

—Yo! voy á buscarle, me arrojaré á sus pies le pediré de rodillas que me lleve junto á mi madre, y si él no cede, volveré aquí y no dejaré esta casa hasta que haya V. cedido á mi angustiado ruego.

Y la niña en medio del afán que la guiaba, salió de la estancia y un instante despues se oía rodar en la calle el carruaje que la habia conducido hasta allí.

La infeliz Margarita proxima á sucumbir, ni podia derramar una lagrima ni podia exhalar un suspiro solo.

Alberto salió de la alcoba.

Tambien estaba pálido y agitado.

—Ella vá á buscarme murmuró con acento sombrío, ella vá á buscarme. Es preciso que hallemos un medio para que no sepa la verdad! es preciso que mañana salgas de Madrid y que no se repiten estas escenas que la hacen desgraciada y... que podrian poner un muro de acero entre ella y yo.

(Se continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Á LA VIRGEN

Mecido en los brazos, de vida terrena
María, tu nombre me atrevo á exhalar;
Que el nombre María, de encanto me llena
Sumiendo mi alma, en dulce gozar.

Apiadate madre, señora del cielo
Del hombre hijo tuyo, del vil pecador:
Enviale madre, tu dulce consuelo,
Tus lágrimas dulces, tus perlas de amor.

Y si hoy atrevido, pronuncio tu nombre
Perdona, María, mujer celestial,
En toda desdicha, á tí acude el hombre;
María, es su faro, su bello ideal.

Pequé como débil: mas hoy á tu planta
Expongo mi culpa, mi ardiente dolor
Acogele Virgen: recíbele santa
Y exponle en el trono, de Dios mi señor.

JUAN VEGA.

Villagarcía de Campos.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

Todos escuchaban á la anciana señora con profunda atencion y conmovidos por las severas verdades que encerraban sus palabras.

Oh! que es cierto! que es cierto, por desgracia, cuanto acababa de decir! ¿quién no lo sabe? ¿quién no lo ha oido mil veces?

En calles, en plazas se maldice, se injuria, se vilipendia el nombre de Dios, el de su Santa Madre la Virgen María, el Sacramento augusto, la Hostia consagrada!

¡Error, funesto error de nuestra época descreida!

¡Culpa que á todos alcanza, pecado que cae sobre todos, y del cual todos somos responsables, los unos por descreimiento, los otros por indiferencia!

—Afortunadamente, señora, dijo el buen José rompiendo el general silencio: afortunadamente, ninguno de los que estamos aquí ha cometido tan horrible falta. Podremos, y antes de haber sabido que era tan malo, votar y proferir cualquier juramento; pero ¿blasfemar? ¿eso no!

—Es verdad, José, es verdad, V. no sería capaz de maldecir á Dios, ni de otras cosas semejantes, pero...

—Qué, señora? preguntó el jardinero alarmado.

—Se hace, quizá, quizá, solidario de ellas, cuando las escucha con indiferencia.

—Como! yo! pues ¿qué tengo que ver con lo que otros hacen?

—Nada, tiene V. razon.

—Cada uno su alma su palma, como dice el refran. Oh! pues si fuéramos á meternos en esas cosas... harto tenemos en cuidar de nosotros mismos, y no es poco.

—Casi me convence V.

—Preciso! no decia yo!

—Y hasta tal extremo que ya me arrepiento de lo que hice ayer.

—Pues que hizo V. E.? preguntó José animado por la bondad de la Marquesa.

—Sostener una acalorada discusion por una cosa que no debía interesarme.

—Ah!

—Figurese V., que hablaban de un antiguo criado de mi casa, de un anciano que habia encanecido á mi servicio... de su mismo padre de V.

—De mi padre! preguntó el jardinero cuidadoso, y ¿qué decian?

—Mil cosas, que no recuerdo bien en este momento... entre otras, que habia sido un malversador... que no habia cumplido fielmente sus deberes para con sus señores... en una palabra, que fué un mal hombre, poco honrado y poco justo.

Las mejillas de José se cubrieron de un encarnado su-

bido, sus cejas se contrajeron y preguntó á la anciana, con mal contenida cólera,

—Y ¿quién és? quien á sido el villano que así se atreve á ultrajar á mi padre? Oh! dígamelo V. E. señora, dígamelo pronto, yo se lo ruego.

—Y ¿para qué? dijo la Marquesa con una sonrisa llena de bondad.

—Cómo para qué? para ir y pedirle cuenta de sus palabras y hacer que se desdiga de ellas ¿cree V. E. justo que yo deje que ofendan la memoria de mi padre sin castigar al que tal haga? no, no será por vida mia; el hijo que pensase así, sería un mal hijo, sería un infame!

—Sin embargo V. acaba de afirmar lo contrario

—Yo!

—¿No es Dios por ventura nuestro padre; nuestro padre amoroso y santo y celestial, y no se cree excusado de reprender al que le ultraja públicamente, arrastrando por el lodo su nombre?

—¡Ah! vamos; ya sé lo que V. E. á querido probar, vaya, señora, que tiene V. E. un modo de decir las cosas... ¿quién habia de caer?

—Y qué responde V. ahora?

—Qué? que hacemos mal los que callamos al oir una blasfemia, y que nos merecemos el nombre de perros mudos por nuestro silencio.

—Ya vó V....

—Sí, sí, ya lo veo, y en adelante estoy dispuesto á sentarle la mano al que...

—Poco á poco, se apresuró á decir la anciana con su reposada voz: poco á poco: hemos de reprender al blasfemo con dulzura, aunque con firmeza y sin exponernos como sucede muchas veces á provocar su enojo con nuestras palabras duras y ofensivas. Dios nos manda corregir al que yerra, pero con bondad, con mesura, llevando por lema la razon, la caridad y el buen deseo.

—Hay algunos á los que nada de esto convence ¿que debemos hacer entonces?

—Separarnos de su lado, y rogar á Dios que les perdone.

—Y nada mas?

—Murmurar una corta plegaria enalzando á Dios, en reparacion de aquella ofensa.

—Gracias, señora, por enseñarnos lo que debemos hacer.

—Ya veis que todo esto es muy fácil, amigos míos, y que solo para ejecutarlo se necesita amar á Dios y desear servirle fielmente.

Era ya tarde y todos se levantaron dando por terminada la conferencia de aquel.

Cuando la galeria quedó casi desierta, la Marquesa se dirigió á la entrada donde aun permanecía el señor Nicolás, y le dijo casi al oido.

—No olvide V. su promesa, que mañana quizá reclamaré su cumplimiento.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.